

la paciencia.

CONTINUA LA MATERIA DEL CAPITULO PRECEDENTE.

Grandes son soberanamente y sublimes las instrucciones que nos dió el Maestro divino en las anteriores parábolas; pero no son menos grandiosas y admirables las que se encierran en las siguientes. En las primeras indicó con precisión y claridad para que fuesen reconocidos los frutos que obra la predicación de la divina palabra sostenida por su gracia, en todos los hombres que movidos por ellas se presentan hijos para ser recibidos en la Iglesia y contados en el número de sus hijos adoptivos, quedando hechos miembros vivos suyos y herederos de su reino. Es cierto que el hombre nada puede por sí para llegar al Evangelio, creer sus misterios y practicar sus máximas, si la gracia de Jesucristo, en la cual se encierra el principio y la raíz de todo bien, como el fruto en la semilla, no lo previene y no lo acompaña; y así como jamás llevará trigo la tierra si no se arroja en ella simiente de trigo, así tampoco nuestra alma producirá obras de salud si no se hace fecunda por la gracia del divino Redentor. Esta es la siembra, la siega y la cosecha de que nos habló Jesús en estas parábolas. Esta gracia empero queda infructuosa y estéril, aunque sea dada con la mayor abundancia, si la voluntad no se determina libre y generosamente á hacer que fructifique;

así como el trigo mejor arrojado á la tierra, no produce en ella nuevo trigo si le niega su calor para hacer que brote en su seno, y si no ejercita su actividad para reproducirlo con usura en beneficio del hombre que la regó con su sudor.

La incredulidad maldiciente podría tal vez tomar alas aun de estas mismas explicaciones del Evangelio si el Maestro sapientísimo no las hubiese venido á confirmar con estas parábolas no menos misteriosas y profundas. En la tercera, que es del *grano de mostaza*, se describe elegantemente el estado de la Iglesia que siguió á la resurrección del divino Redentor, porque el tiempo que vivió Jesucristo entre los hombres, en el que se encerró al parecer su ministerio en los estrechos límites de la Palestina, no fué propiamente para su Majestad la hermosa estación de la cosecha del grano; lo fué, si, de las espinas tormentosas y cruelísimas de su pasión. Sembrada estaba de su mano la celestial semilla, regóse con su purísima y preciosa sangre, y á su tiempo no podía menos de dar fruto sazonado y grato al gusto del sembrador; pero antes no se miraba sino en un bosquejo ligero la futura grandeza de su reino, y apenas se percibían los primeros cimientos de su Iglesia, que con tanto estremecimiento y asombro del cielo y de la tierra acababan de echarse sobre el Gólgota. Esta grandeza, que había de ser el fruto de los rápidos progresos de su Evangelio, fué la que se anunció con las nuevas figuras para la instrucción de los siglos venideros, combatiendo con bastante anticipación las muchas herejías que después se habían de levantar.

Para combatir el grande cúmulo de errores que el infierno hizo palular en el mismo seno de la Iglesia, dispuso su fundador divino que naciesen también en medio de ella muchos grandes y santos doctores, para que abroquelados de la verdad custodiada en las Escrituras, y transmitida por las tradiciones apostólicas y escudados con el escudo de la Iglesia y de la razón, refutasen y destruyesen las semillas de la herejía; mas aunque al principio estos varones sabios, humildes y santos fueron despreciados, permitiéndolo Dios para mayor gloria de su Iglesia y castigo de los perversos, fueron después, con no menos afrenta de estos, muy estimados y ensalzados; por todo lo que se ve muy claro que esta tercera parábola del grano de la

mostaza significa la grandeza de la Iglesia; la excelencia de la predicación de la fe y su expansión por todo el universo mediante el ananico del Evangelio.

Semejante es, dijo Jesucristo, el reino de los cielos al grano de la mostaza, que tomándolo el hombre lo sembró en su campo, el que aunque es mas pequeño que todas las otras semillas, cuando crece llega á ser mayor que las demás yerbas. Llámase muy propiamente el reino de los cielos la predicación del Evangelio, porque enseña á regir y gobernar el cuerpo y el alma, para que crezca en santos y fervorosos afectos, pensamientos y deseos, mediante los que llegan los hombres á ser ciudadanos del reino celestial. Parece al grano de la mostaza, que aunque es pequeño contiene en sí mucho ardor, para que se entienda que la predicación de la fe inflama el corazón de los que oyen con el fuego del amor divino, pues destruye la ponzoña del vicio, y toda herejía y error; purga la cabeza, que es la razón, y enardece la voluntad, cuyas virtudes son propias y características del grano de la mostaza. Tómole en su mano Jesucristo, Hijo de Dios vivo y hombre verdadero, y lo sembró en su anchuroso campo, que es el universo; y á pesar de ser tan pequeño el grano, extendió luego sus ramas hasta los confines de la tierra, y por las extremidades de los mares, porque la fe es tenida por los infieles por la mas pequeña entre todas las ciencias y disciplinas, solo porque enseña todo aquello que los infieles y herejes tienen en menosprecio; y no se prueba su verdad con la vanidad pomposa de los sabios del mundo, sino con la sencillez humilde de los discípulos de Jesús. ¡Cuán adorable se descubre y manifiesta la sabiduría infinita de Dios mirada bajo este punto de vista! Se acomoda en todo á nuestra rudeza y á nuestra corta capacidad é inteligencia; nos habla como de igual á igual, y por las cosas mas menudas de la tierra nos declara las grandezas de las celestiales y la sublimidad de los divinos misterios. Imperceptible era en su principio á los ojos de la carne el grano fecundísimo de la fe; pero ello es innegable, que á pesar del desprecio con que lo miraron los soberbios del mundo, creció tanto, que sobrepasó en poco tiempo la sabiduría de los gentiles y la oscuridad, mostrando al mundo sus tinieblas, enseñando con esta bella

comparacion al hombre que nunca debe perder de vista su pequeñez si quiere elevarse hasta la altura de los cielos. Muy pronto pasa y se marchita el verdor y la lozanía de las criaturas y de todas las cosas de la tierra: él es como el de las yerbas y hortalizas, que luego se marchitan y se convierten en estiércol y basura; pero el verdor y lozanía de la fe duran para siempre. Sentados á la sombra fecundizadora de tan majestuosas ramas, se miran como abortar las nacencias de los vicios y sofocarse todos los vástagos ó renovar: alimentase con sus frutos el espíritu, y desde luego se mira inflamado de la verdad, que corta de raíz los progresos de los engaños de la carne. Anegado en el mar vastísimo de las miserias humanas, busca una tabla de salvacion para salir de ella, y de se le luego se le ofrece el árbol majestuoso de la Cruz; contempla el fruto que de él pende, y se le descubre todas las grandezas de la fe que le dirige é ilustra, la que antes no sabia comprender. Pequeña es la semilla que produjo este árbol tan majestuoso; llega con sus ramas al cielo y presen a al Eterno Padre el fruto preciosísimo que une el cielo y la tierra, que repara la caída del hombre, que le reconcilia con Dios y le devuelve exaltado al mismo que bajó del cielo por su grande amor al hombre, y para darnos la muestra mas grande de su humildad; y si después las doblega ó inclina, es para extenderlas con no menor misterio hasta los confines de la tierra. Domó el Señor y sujetó todo el universo, no con la espada, sino con el leño; con el leño nos salvó á todos, y con el leño domó y enfrenó hasta el poder del infierno, para enseñarnos que el camino de la exaltacion sólida y verdadera es el de la humillacion y el de la cruz.

A este árbol majestuoso vienen á descansar todas las aves del cielo, esto es, las almas de todos los creyentes: vienen por la fe y habitan en sus ramas por el amor; y esto denota tambien el triunfo completo de la verdad y la perfeccion de la caridad, que será en la oja vida. Y si aun estando perseguida la verdad y siendo imperfecta la caridad, son tan admirables los progresos que hacen una y otra en la Iglesia, ¿qué será en la eternidad cuando sea del todo aniquilado el reino de la mentira y de la concupiscencia? ¡Ah! entonces se conocerá con toda claridad que la pequeña raíz de la fe produjo el tronco majestuoso de este árbol por la esperanza, y extendió mas

pastosamente sus ramas por la caridad. Entonces se verá por qué los príncipes y reyes se hicieron pequeños á su vista, humillándose hasta el polvo de la tierra, creyendo que en la humillacion profunda consistia su verdadera grandeza y ensalzamiento; porque los pequeñuelos y humildes, los pobres y despreciados se hicieron robustos y firmes, esperando el cumplimiento de las promesas inefables y consoladoras; y porque los tibios y helados se convirtieron en celosos y ardientes, detestando sus pasadas miserias, suspirando por la mudanza de su corazon y pidiendo á Dios con lágrimas el trueque de sus afectos y amores. Y se verá, en fin, en qué se funda la diferencia tan grande en el modo de obrar que ha habido siempre entre los verdaderos cristianos y los gentiles; los unos entregados á la oracion y al llanto, á la penitencia y al retiro, presentándose á Dios como victimas deseosas de ser sacrificadas en sus aras, mientras los otros desconociendo á Dios á repudiándole en el fondo de su corazon y en todos sus actos, solo pensaban en entregarse á los gozos y deleites, corriendo desenfrenado por los senderos espinosos de la sensualidad; y no será difícil de conocer que esta tan notable diferencia consiste solamente en una cosa muy pequeña: tal es, el no haber plantado oportunamente en su corazon el menudo grano de la mostaza, ó en haberle impedido su crecimiento y medros después que se plantó allí por el bautismo, y se le regó por la confirmacion.

Si se descende á otras consideraciones mas particulares, se nos manifestará tambien con bastante claridad la extraordinaria sorpresa que debió causar en el ánimo de todos los judíos que seguan á Jesús esta tan misteriosa parábola, aun cuando algunos pudiesen de alguna manera comprender el sentido misterioso y profético que encerraba. ¿Cómo es posible, habian de decir, que esta pequeña semilla de la nueva fe y religion que este hombre ha venido á sembrar entre nosotros, siendo recibida de tan pocos y teniendo ya en un principio tantos y tan poderosos enemigos y contrarios, haya de crecer tan maravillosamente de siglo en siglo, que venga á formar un árbol como intuenso, elevando sus ramas hasta el cielo y hasta las extremidades de la tierra, siendo así que nuestra religion y ley después de mas de dos mil años que existe, habiendo tenido desde su origen un millon de creyentes, no ha sujetado nacion alguna, ni aun ha podido

salir de los estrechos límites de la Palestina? Si la falsa preocupacion no hubiese cerrado sus ojos y cegado su entendimiento, bien pronto hubieran conocido que uno de sus mas acérrimos partidarios tuvo que subir á este árbol para ver á Jesucristo, porque no se puede ver á este Príncipe sino en el árbol de la Iglesia y de la fe, cuya representacion tenian el sycomoro y zaqueo. Los que desean ver y conocer á Dios, suben á las mayores alturas con las alas de la virtud y de la contemplacion, y se esfuerzan á volar hasta merecer la gloria. Diversas son las ramas donde reposan estas aves misteriosas, porque diversas son las del Evangelio y diversas sus doctrinas, consejos y preceptos: ellas son las medicinas con que han de curarse las diversas enfermedades del espíritu, por lo que son muy variados y diversos los consuelos que el Señor derrama sobre el justo que en él cree y espera. Levantado su corazon de la tierra, vuela al cielo por el deseo de la gloria, y menospreciadas las delicias de las cosas temporales, se transforma enteramente con el deseo de los goces eternos, siéndole satisfactorias las fatigas de este valle de miserias por la esperanza de los deleites inextinguibles; por cuya razon decia David [1]: ¿Quién me dará alas de paloma para volar y descansar?

Alas como de águila que vuela hasta la esfera del sol debe tener la criatura por la fe, volando á la region mas alta por la esperanza, y descansando en ella por la caridad; porque solo así podrá unirse eternamente con el Dios redentor de su alma, á quien debe consagrarse en la vida moral y transitoria para vivir después con él en la incorruptible y permanente.

Cuán infatigable sea el verdadero celo por la salvacion de las almas, se conoce en el modo con que se procura instruir á los hombres en todo aquello que les conviene para que las consigan. El de Jesucristo fué siempre el mas ardoroso y constante, como lo demuestran los varios medios de que se valia para enseñar las sublimes verdades que anunciaba: nunca se daba por satisfecho, y todo al parecer le parecia poco cuando se trataba de anunciar á los ignorantes las excelencias y grandezas del reino de su Padre, y la eficacia y sublimidad de su celestial doctrina. Semejante es tambien, les di-

[1] Ps. 54, v. 7.

jo, el reino del cielo á la levadura que toma una mujer y la mezcla con tres celemines de harina: deja la levadura con la masa el tiempo competente, y con la fermentacion toma un acrecentamiento maravilloso. Sin la levadura está la harina fria y desabrida; mas mezclada con ella se aviva y recibe calor y sabor, y sus partes desunidas entre sí forman una sola masa que fomenta. Tal es el corazon humano: sin la caridad es frio y muerto para todo lo bueno; penetrado de este calor, se enciende, se aviva y como que cobra nuevo espíritu; y por él y en él se une con los demás para formar con ellos un cuerpo, ó dígase mejor un solo pan digno de la mesa de Cristo. Esto es precisamente lo que se vió cumplido en el establecimiento de la religion de Jesucristo; después de haber fermentado, por decirlo así, en un rincon de la tierra, se extendió por todas partes del mundo; porque fermentando en el corazon de los apóstoles la caridad y la fe, se llevaba esta mujer preciosísima, casta esposa del Cordero inmaculado, la Iglesia santa, á todo el universo; mediante la predicacion del Evangelio y mientras ellos esparcian la harina de la doctrina celestial, ella mezclaba el fuego ó la levadura de la caridad en los corazones que la recibian, y por este medio se compaginaban y unian entre sí los miembros de este cuerpo místico, de los que habia de componerse el nuevo pueblo de Dios.

Y en verdad. Porque ¿qué son sin esta levadura evangélica todas las criaturas de la tierra? ¿Dónde está ó de qué manera se introduce y permanece en ellas el fuego de la caridad, la vida, de la fe y la union fraternal ó la concordia? Sin ella no hay sino miseria, desabrimiento, sequedad, amargura de corazon y propension á todo lo malo; pero con ella están precisamente el amor y la gracia. Sin ella anda siempre muy distante de nosotros el conocimiento de la verdad, mucho mas todavía el deseo de vivir con ella, y nos despenaríamos sin duda en mil precipicios si no los ahuyentara de nosotros la levadura de Cristo mediante la fermentacion de la caridad; pero enervorizados con ella se consuma y perfecciona en nosotros la obra de Dios, desaparecen las tinieblas del entendimiento, las dolencias ó flaquezas del corazon, porque esta maravillosa levadura tiene la dichosa cualidad de vivificar y hacer crecer; por lo que dijo el venerable Beda: La mujer que puede considerarse la alma

santa [1], esconde la levadura, que es la caridad, en tres maneras de harina, esto es, en las tres maneras de amar que á todos están señaladas, á saber, en el corazon, en el alma y en el entendimiento, puesto que se nos dice que con estas tres fuerzas hemos de amar, porque ellas son como los tres puntos cardinales de donde parte el gobierno y buena direccion de todas nuestras operaciones. La fuerza racional ó de la razon es á la que pertenece la direccion y gobierno de todas las obras; á la concupiscible es á la que incumbe desear ó desechar las cosas que vienen á nuestra noticia; y á la irascible corresponde amar ó aborrecer las que son mas ó menos conducentes á los consuelos de la vida, en las cuales la caridad ó la doctrina se esconde hasta que convierte y muda toda el alma en su perfeccion, que es obra que aquí se comienza y en la gloria se acaba.

San Hilarió dice [2]: Que la harina es el pueblo formado de muchas personas, y las tres medidas son los tres estados de los fieles figurados en Noé, en Daniel y en Job; porque de los tres hijos de Noé procedió todo el linaje humano, al cual la sabiduria de Dios encomienda en la vida presente la fe y la caridad y la santa doctrina hasta que todo sea bien sazonado de levadura, que quiere decir: hasta que en el fin del mundo, cumplido el número de los justos, vengan los fieles á la gloria de la resurreccion: entonces llena el alma de Dios y penetrada de la virtud de su espíritu, quedará sin rastro de tinieblas, ni de dolencia, ni de flaqueza, ni de corrupcion; será inflamada y encendida en caridad perfecta, porque tanto como ahora es pequeño el fuego ó la llama del amor, será grande y abrasador en la hora postrera. Momento dichoso, hora feliz, tú serás el principio de una eternidad gloriosa donde la criatura gozará del sumo bien por quien suspira, sin miedo de perderle jamás.

Pequeñas parecieron siempre á los soberbios de la tierra estas grandes pinturas del reino de Dios, sacadas de las humildes semejanzas de la naturaleza, para pintar la constitucion y los progresos de la Iglesia: ellas confundian el orgullo de los sabios que no hacen caso de la verdad si no está adornada con la elocuencia del siglo; mas ellos ocuparon á Jesús y entretuvieron á las turbas hasta el

[1] Ven. Bed. in cap. 8 Lucæ.

[2] Div. Hylari. Can. 13 in Math.

fin del dia, en cuya hora las despidió el Salvador. Una gran parte de los asistentes ya verdaderamente fieles, convencidos por las maravillas que le habian visto obrar, y suficientemente ilustrados con sus lecciones, no perdieron nada por el modo enigmático con que habia perdido su doctrina, esperando que los sucesos y el espíritu enviado del cielo daria de todo plena y perfecta inteligencia. La mayor parte de los otros oyentes, ciegos voluntarios á obstinados, no merecian mayor luz, porque hubieran abusado de ella; pudiéndose creer que si sus corazones tibios, indolentes ó prevenidos se hubieran dejado mover siquiera de una santa curiosidad, les hubiera servido la instruccion de una preparacion provechosa para recibir mas bella luz. Para alentar la debilidad de los flacos tomó el Señor su naturaleza; por consiguiente acomodábase enteramente á sus capacidades é ignorancia para instruirles. Su vida respira en todo caridad y deseo de nuestro bien. Mas como tambien era preciso que se cumpliesen en todo los oráculos de los profetas, debia hablar á su pueblo en estilo enigmático y figurado de las parábolas, pues David habia dicho [1]: Yo les hablaré en parábolas, y por este medio revelaré á los hombres los misterios escondidos desde el principio del mundo.

En estas ocasiones habia hablado Jesús á las turbas claramente y no en parábolas; pero entonces no les explicaba tan directamente el reino de los cielos ni les hablaba del establecimiento y progresos de su nueva Iglesia: en esta puso todo su conato en hablarles de lo uno y de lo otro; por esto su locucion era siempre figurada, porque deseaba que sus discipulos se moviesen á preguntarle alguna cosa sobre las parábolas misteriosas que no entendian. Eran rudos, y por lo mismo usaba el Señor estas semejanzas corporales, para que por ellas fuesen traídos al conocimiento de los secretos divinos. Por las fuerzas y la razon natural no se puede llegar al conocimiento de los misterios de fe; por esto quería Jesús que por el ejemplo de las cosas visibles que se entendian se elevasen al conocimiento de las invisibles que no comprendian; y de ahí provenia la continua repeticion del Salvador: *Oiga todo aquel que tenga orecjas para oir.*

[1] Ps. 77, v. 2.

San Gerónimo dice [1]: Que siempre que Jesús usaba de estas palabras era para dar á entender á los que le escuchaban, que las que profería tenía muy grandes y misteriosas significaciones: y el venerable Beda añade [2]: Los oídos para oír son las orejas del corazón, y los sentidos interiores que son oídos espirituales, para entender y obedecer las cosas que son justas y de Dios nos vienen. Tres maneras de oídos parece que da á entender Jesucristo, deben tener los hombres para oír las palabras materiales, entenderlas y ponerlas por obra. El primero es el oído corporal, demostrado por esta expresión: *El que tenga orejas*. El segundo es invisible dentro del alma, de el que dice: *Para oír*. Y el tercero comprende á entrambos, del cual se dice y añade esta palabra imperativa: *Oiga*. El primero es del alma sensitiva, el segundo es la potencia intelectual, y el tercero es la virtud afectiva que pertenece á la voluntad.

A estos modos de ir quiso eludir el Psalmista cuando dijo [3]: *Oye, hija, ve e inclina tu oreja*. Oye, esto es, en cuanto á lo primero con el oído corporal, y ve, en cuanto á lo segundo, con la potencia intelectual, é inclina tu oreja, que equivale á decir, doblega el afecto de tu voluntad. Y en esto que se nos dice que Jesucristo clamaba en alta voz cuando así hablaba, se demuestra la grandeza y excelencia de su fervor en la predicación; por lo que, y para demostrarla con claridad decía san Agustín [4]: Con muy sonora y majestuosa voz clamó nuestro Señor Jesucristo; clamó con sus palabras y con sus obras; con su voz y con su vida, con su descendimiento y con su subida para que nos convirtamos á él. Clamó y clama todavía á los sordos para que oigan; clama á los dormidos para que despierten; clama á los que pasan ó caminan por el desierto de este mundo para que atiendan; clama á los ignorantes para que entiendan; clama á los que erraron y van perdidos, para ponerlos en el camino; clama á los pecadores para que se arrepientan; y clamó en verdad predicando á las turbas y á cuantos le oían; clamó orando á su Padre y rogándole por nosotros; clamó resucitando á Lázaro, y clamó, en fin, muriendo en una cruz; pero ni aun enton-

[1] Div. Hieronim. cap. 13 in Math.

[2] Ven. Bed. in cap. 8 Luc.

[3] Ps. 44, v. 11.

[4] Div. August. lib. de quæst. Evang.

ces cesó de clamar. Sin cesar da voces desde los cielos, clama á nosotros porque nos mira cargados con la carga pesadísima del pecado, y nos dice [1]: *Venid á mi todos los que trabajais y estais cargados, y yo os aliviaré*. Mas es tal nuestra ingratitud, que no nos avergonzamos de hacer el sordo y de despreciar tantos clamores. ¡Desventurados de nosotros! Un día llamaremos y no se nos oirá; clamaremos al Señor, y habrá pasado el tiempo de la misericordia; arrojados de su presencia, seremos entregados á nuestros implacables verdugos. La rabia, la desesperación, el fuego, el tormento eterno, estos serán los frutos de nuestra sordera. ¡Qué desdicha!

Después que así en alta voz hubo clamado el pueblo, excitándole á vivir en continua vigilancia y á no olvidar las doctrinas que le había enseñado, se retiró como solía á la casa de su mansion ó residencia ordinaria en Cafarnaúm. No era seguramente con el ánimo de permanecer y descansar allí mucho tiempo; porque para lo primero no le daban lugar las turbas ni se lo consentía el celo ardoroso de que estaba animado; y lo segundo no se lo permitieron mucho tiempo los apóstoles. Confusos entre la multitud de parábolas que acababan de oír, ninguna les había causado mas impresión que la de la zizania sembrada por el enemigo en el campo del padre de familias; y como la consideraban de mucha importancia y no sabían comprenderla, se determinaron á suplicar al divino Maestro que se la explicase.

No desagradó á Jesús el deseo de los apóstoles; y para avivar mas la fe en sus corazones, les dijo: A vosotros, discípulos míos, es dado conocer los misterios del reino de Dios, y no á los demás que estaban con vosotros; que fué lo mismo que si les hubiera dicho: A vosotros incumbe saber este secreto como á verdaderos creyentes; á vosotros, como mas humildes y obedientes; á vosotros, porque sois mis mas amados y allegados; á vosotros, como á desechados y aborrecidos del mundo; á vosotros, porque deseais saber las cosas divinas con corazón recto, y como á verdaderamente dignos de saberlas, y á vuestros sucesores y á los que por vuestra doctrina se llegaren á mí, se os dará por gracia de Dios y no por vuestro merced.

[2] Marc. c. 11, v. 28.

miento, á conocer abiertamente y sin oscuridad de parábolas los misterios del reino de Dios; esto es, los secretos ó inteligencia de la Escritura santa, que contiene los principios fundamentales de la vida del cuerpo y del espíritu, las grandezas y excelencias de aquel reino, y la profundidad de la verdad evangélica que lleva el creyente al reino celestial. Asimismo puede entenderse el misterio del reino de los cielos por el reino de la Iglesia militante: porque los apóstoles en el nombre de Jesucristo eran ministros de la Iglesia, y á ellos por lo tanto pertenecía saber los secretos divinos, para bien de la misma Iglesia y de los creyentes en lo presente y hasta el fin del mundo, puesto que ellos y sus sucesores han de ser los anunciadores de las misericordias y de los juicios y justicias de Dios, y todas estas cosas están previstas y ordenadas en los decretos de la Providencia eterna y de las disposiciones adorables del Altísimo; por consiguiente puede llamarse muy bien misterio del reino de los cielos el secreto de la Iglesia.

A los que están fuera de este reino no quiso el Señor concederles esta gracia, porque estando fuera de la congregación de los fieles ó de los creyentes no se les puede declarar: tienen cerrados los sentidos y no cuidan de entrar en la asociación católica, donde únicamente se enseña la verdad; por cuya razón les hablaba y enseñaba con parábolas, para que viendo no viesan y oyendo no entendiesen: así quedaba encubierta la verdad á los malos, y los malos y los buenos se veían precisados á buscarla en la explicación de lo que no entendían. Cuando á su Majestad le pedían con candor el socorro de su luz, le ofrecían una cosa para él mucho mas dulce y grata que el alimento y el descanso; por lo que la pregunta que le habían hecho los apóstoles, le sirvió de gran consuelo; y gustoso por verles ansiosos de instrucción, no les hizo desear mucho tiempo lo que tan de veras apetecían. Había dicho que al que tenía le sería dado mas, significando que al que tenía obediencia se le daría el deseo de las demás virtudes, proporcionándole los medios de adquirirlas, y recibiría la inteligencia de las palabras y de las Escrituras, y quiso acreditarle de amplificador fiel y veraz de sus promesas.

El Hijo del hombre á quien seguís y al que tenéis por dueño y Maestro, es el solícito padre de familias ó el afanoso labrador, que

sembró el buen grano en su campo, que es el mundo todo. La buena semilla son los hijos de la casa que entran en el reino de Dios. La zizafia ó el mal grano son los hijos perversos é indóciles. El hombre enemigo que siembra la zizafia entre el trigo bueno, es el demonio. El tiempo de la siega es la consumación del siglo, y los segadores son los ángeles. Sucederá pues en la consumación del siglo, lo que sucede al tiempo de la cosecha; entonces se junta la zizafia para arrojarla al fuego. Así el Hijo del hombre enviará á sus ángeles, los que quitarán de su reino todos los escándalos y todos los que cometen la maldad. Luego que junten á toda esta gente perversa, los arrojarán al fuego abrasador, donde no habrá sino llanto y crugir de dientes. Entonces por el contrario, los justos brillarán en el reino de su Padre como el sol en medio del firmamento, porque los reconocerá por hijos suyos y herederos de aquel en el que serán coronados con la corona de honor y de gloria que desde el principio del mundo les está preparada; y concluyó con lo que acostumbra á decir al pueblo cuando le proponía enigmas sin explicación: *El que tiene oídos para oír, procure comprender bien lo que ha oído.*

Con el objeto de que sus apóstoles sacasen todo el provecho posible de las instrucciones que les daba, continuó haciéndoles otras explicaciones del reino de los cielos, y del estado nascente y progresos de su Iglesia, con otras parábolas no menos instructivas.

Semejante es, dijo, el reino de los cielos ó mi Iglesia á un tesoro escondido en un campo. Bien sabéis que el que es tan afortunado que le descubre, no hace alarde de su buena fortuna, sino que lo esconde en la tierra lo mas profundamente que puede por temor de que alguno se lo quite, y luego va, y gozoso por el secreto que tiene oculto en su pecho, vende todo lo que posee y compra aquel campo.

Esta es una de las mas bellas descripciones de la Iglesia después de la promulgación del Evangelio por todo el mundo mediante la predicación de los apóstoles. Apenas el armonioso eco de estas trompetas evangélicas resonó hasta las extremidades de la tierra, cuando muchos hombres eminentísimos en letras y profanas ciencias se convirtieron al Señor y comenzaron á ejercitarse en provecho de las

almas. La fe es este tesoro hallado y escondido en el ameno campo de la Iglesia, como asegura san Ambrosio [1]; y el que conoce su valor y mérito vende todas las cosas que posee; esto es, renuncia todos los bienes caducos y perecederos de la tierra para poseer aquel; porque el que no renuncia todo lo que posee no puede ser discípulo del Señor. También este tesoro puede ser significativo ó demostrativo del Verbo divino escondido bajo el velo de nuestra humanidad, como quiere san Ireneo [2], ó la sagrada Escritura, ó la Iglesia, ó la predicación evangélica, ó el cielo mismo como enseña san Agustín [3], que todos estos sentidos caben en aquella palabra; pero significa una sola de estas cosas ó todas ellas, tanto colectiva como distributivamente, cada una de ellas es, no hay duda, ese tesoro de inestimable valor y mérito, para cuya adquisición siempre da muy poco el hombre, aunque dé todo lo que posee. El solo es un montón de riquezas sin mengua, sin escasez, donde se halla el deleite sin hastío, contento, gozo, regalo, y cuanto pueda llenar el alma de verdaderos bienes. Y se llama escondido, porque donde principalmente ponen riqueza estas cosas, es en nuestra alma hija esclarecida y amadísima de aquel gran Rey tan celebrado y magnífico, de la que se dice [4]: *Que toda su gloria y belleza están en su interior*. Esto era lo mismo que de muchos siervos del Señor decía el grande Apóstol [5]: Que tenían el exterior de pobres é interiormente eran ricos; que aparecían tristes y andaban muy alegres; que eran como muertos y vivían con vida verdad. Y como si estas verdades necesitasen alguna confirmación, ó mas bien fundándose en ellas, no titubeaba el sol de Claraval en decir á sus monjes [6]: No penseis, hermanos míos, que estos sacos de cilicio que nos cubren, son miseria ó menosprecio, que no son sino velos de nuestra gloria interior como el luto con que el príncipe encubre los oros y los brocados: el mundo ve nuestras cruces, pero no ve la tranquilidad, la paz y la gloria interior de nuestro pecho.

[1] Div. Ambros. Serm. in Psal. 118.

[2] Div. Ireneo. lib. 4. c. 43.

[3] Div. Agust. lib. De quest. Evang. lib. 1. c. 13.

[4] Ps. 44. v. 14.

[5] Ep. 2.ª ad Corint. c. 6. v. 9 et seq.

[6] Div. Bernard. in Spec. Monachor.

Este tesoro preciosísimo está escondido en el corazón de los santos, porque el espíritu de humildad, de abnegación y de mortificación les prohíbe altamente hacer alarde de sus virtudes; ni de los dones y gracias que de Dios reciben: así Moisés escondía su rostro para que no viese el mundo la gran merced que de Dios había recibido, y san Pablo ocultó por espacio de catorce años las revelaciones que Dios le había hecho. El que sabe dónde se halla escondido este tesoro, va y vende todo lo que tiene para comprar aquel lugar. Adviértase bien que no dice que vende parte de lo que tiene, sino todo. Sea mucho, sea poco, todo cuanto tenemos y á nosotros con ello, todo lo hemos de dar, negándonos y desprendiéndonos de todo afecto terreno para ganar la bienaventuranza. No hemos de tener cosa tan amada en esta vida, que si es menester no la demos por Dios y por su servicio. Por objetos tan santos y tan dignos debemos menospreciar todos los bienes temporales, y los deleites de la carne, y todos los deseos de esta vida, y trabajar con infatigable desvelo para adquirir los tesoros celestiales. El que quiere poseer las cosas del cielo, debe mirar con sumo desprecio los bienes del suelo.

Para gloria y alabanza de la virginidad propuso también el Salvador divino esta misteriosa parábola; y así el tesoro escondido en el campo es la santa virginidad escondida entre la tierra de la carne. A propósito de esta significación deben considerarse tres cosas: primera, que el tesoro se halla; segunda, que hallado se esconde; y tercera, que después de escondido es tenido en mas ó en mayor estimación y aprecio que todas las demás riquezas. Este tesoro no se halla en los carnales, no se esconde en los vanagloriosos y no es tenido en mayor estimación y aprecio en los avaros: gozánle empero tres virtudes, que son la virginidad, la humildad y la pobreza. La virginidad sabe hallar el tesoro para que se posea; la humildad lo sabe esconder porque no se pierda; la pobreza lo sabe tener en mayor precio que todo otro bien, porque no sea menospreciado. Todo pues, todo debe darlo el hombre por adquirir y conservar este tesoro.

En otra segunda parábola, que es la de la perla preciosa ó marfanta, vino el Señor á confirmar cuanto había dicho en la primera demostrando también en ella el estado sucesivo de la Iglesia. So-

mejante es, dijo, el reino de los cielos á un comerciante que busca piedras preciosas; y hallada una tan preciosa como desearla podía, vendió todo cuanto tenía y la compró. Aquí se ve por una parte bien marcada la diligencia y trabajo, y aun el ansia con que hemos de buscar los bienes celestiales en la afanosa solicitud del mercader; y por otra, el cómo hemos de poner los ojos y los deseos en las cosas de mas valor y precio entre las del orden sobrenatural, así como este mercader los puso entre las mas preciosas de la naturaleza.

Muchos padres y doctores sapientísimos entendieron por esta perla ó margarita preciosa la vida monástica y contemplativa, porque así como ella se halla encerrada en una concha en el profundo del mar, así tambien la vida contemplativa se halla mejor en la soledad y recogimiento de los claustros y religiones. Dicese una y preciosa. Una, porque junta el hombre con Dios por la contemplacion que se tiene en la soledad de los claustros; y preciosa, para demostrar las ventajas de la vida contemplativa á las de la vida activa, aunque en alguna ocasion particular pueda esta ser mas fructuosa que aquella. El reino de los cielos, que se toma en este lugar por la Iglesia, militante es semejante al hombre negociador que anda en busca de buenas perlas; porque así como el tal hombre por el deseo que tiene de una, todas las cosas vende y la compra, hallada esta, que es la suavidad y dulzuras de la vida contemplativa, va luego al mercado de las cosas espirituales y vende todo cuanto tiene por el menosprecio que hace de los bienes transitorios, y la compra por los esfuerzos con que procura la preciosidad de los descansos eternos.

Otras tres cosas no menos importantes que las anteriormente dichas son las que debemos aprender en esta misteriosa parábola, á saber: El oficio de los santos, el estudio de las costumbres y el deseo de la gloria. El oficio de los santos se nota en el negociar la adquisicion de buenas margaritas: el estudio de las costumbres se advierte en el afán de buscarlas, y el deseo de la gloria se descubre en el ahínco con que todo esto se obra. ¡Oh! ¡cuán bienaventurado es el que sabe negociar espiritualmente, ora sea cuanto al estado de la vida activa, entendiéndose y ejercitándose en las obras de misericordia, ora cuanto al estado de la perfeccion contemplativa, abandonando y renunciando todas las cosas del mundo por seguir á Je-

sucristo; ora sea en fin cuanto al grado de la mas excelente perfeccion, ganando las almas con la fuerza del buen ejemplo, atrayéndolas con el ardor heroico de la caridad, é inflamándolas con el fuego ardentísimo de la predicacion y anunciacion de la divina palabra! ¡Oh! ¡cuán bienaventurado es el negociador que sabe buscar, no mercaderías y ganancias dañosas, como las buscan los codiciosos, sino saludables y honestas como las buscan los santos! ¡Bienaventurado el que con aquellas sabe bien grangear y ganar, y se va despidiendo de su carne propia por la mortificacion, y vende la tierra por comprar el cielo, con el desprecio que hace de todas las cosas visibles! Entonces compra la margarita preciosa, rindiendo y sacrificando su propia voluntad á los designios de la de Dios que le conduce, y apartando su corazon de todas las cosas temporales.

Otra tercera parábola les insinuó Jesucristo para enseñarles á temer, cuanto con las anteriores pudo haberles impulsado á confiar. En estas procuró inflamar el corazon de sus oyentes con el amor de la eterna bienaventuranza, y en la última les enseñó á temer para que se guardasen de los malos y pusiesen por obra las virtudes; y así les dijo: Que el reino de los cielos era semejante á una red echada en el mar, en la que se cogian de todas clases de peces.

La primera idea que se excita al parecer en el entendimiento del que oye esta palabra, tanto misteriosa cuanto su significacion parece mas impropia, es la de que por ella se entiende la Iglesia ó la predicacion del Evangelio, la cual esparcida por toda la tierra coge indiferentemente ó admite en su seno hombres de todas clases, estados y oficios; buenos los unos, malos los otros; pero mezclados todos ahora y confundidos. Pescadores eligió el Señor á sus apóstolos, obligándoles á cambiar de pesquera, aunque no de oficio: la predicacion pues que les encarga y la Iglesia que les encomendó, están perfectamente figurados en la red, mediante la que cada uno es traído al reino eterno desde las olas y tempestades del presente siglo, para que no se sumerja en lo profundo de la muerte y de la condenacion eterna. En el anchuroso mar de este mundo fué echada esta red, y en medio de tanta diversidad de peligros y amarguras como en él se hallan, juntó dentro de sí misma de toda clase de pescadores, es decir, de toda clase de pecadores, porque la Iglesia es

madre de todos y á todos llama, y á ninguno desecha, cualquiera que sea su condicion ó linaje, puesto que á la presen- cia de Dios no hay excepcion de personas. Pero añadió el Señor, que tan luego como estuvo llena la sacaron á la orillas y escogieron los buenos en unos vasos, pero á los malos los arrojaron fuera.

Temible cosa es por cierto el ser arrojado como malo é inmundado del seno de la Iglesia santa, fuera de la que no hay salvacion: y será mucho mas terrible y espantoso esta separacion cuando se haga á presen- cia de todas las gentes, y de todos los santos y espíritus bienaventurados en el día del juicio. En aquel día quedará enteramente cumplido el número de los justos; la red será sacada á la ribera, que es la otra vida; y autorizados entonces los ángeles por el mismo Dios, separarán los pecadores réprobos del lado de los justos y los arroján de la presen- cia del Señor.

Dice el Evangelio que todo esto sucederá en la consumacion de los siglos, para darnos á entender que se habrá acabado ya el tiempo de los merecimientos, y nada podrá el hombre merecer para sí para remediarse; y porque cesará entonces la sucesion y cualidad de las cosas mudables; cesará el movimiento de los cielos, el de la tierra, y por consiguiente el de todas las cosas que de unos y otros reciben, segun la natural sucesion de aquel. Autorizados los ángeles saldrán del cielo, el mundo todo será llamado á juicio, se abrirán los sepulcros, serán juzgados los vivos y los muertos, y se verificará la separacion de los unos y los otros. ¡Oh! ¡qué llamamiento tan dulce! ¡Oh! ¡qué separacion tan espantosa! ¡Oh! ¡qué sen- sencia tan inmutable! Entonces serán echados los réprobos al fuego eterno para que ardan para siempre. La Iglesia purificada será ofrecida á Dios Padre toda renovada y compuesta, como esposa sin mancha y sin arruga.

Indecible será el gozo de los justos al verse trasladados entonces á las celestiales mansiones, donde todo será gozo, contento y perpetua paz. Las vírgenes prudentes disfrutando goces sin termino en los tálamos del Paraíso, bendecirán sin cesar á su eterno é inmaculado Esposo, mientras que repudiadas las necias por el mismo, verán cerrarse á su vista las puertas del celestial reino, en el que ya no podrán entrar jamás.

Allí habrá un llorar eterno para los malos; allí empezará el remordimiento y la desesperacion sin fin; allí el temblor y el crujir de dientes á causa del extremado frio; aunque tarde y sin provecho se arrepentirán y gemirán los malos; se enfurecerán é indignarán contra sí mismos, porque tanto se obstinaron y endurecieron en su corazon, despreciando la gracia y los auxilios sobrenaturales con que el Señor los favorecia para provocarles á la penitencia. Entonces conocerán claramente el motivo por qué en tantas y tan repetidas ocasiones permitió el Señor les hablaran, mientras vivian, de la pena y tormento eterno que los malos en el otro mundo han de sufrir justicia terrible de Dios que brilla pasmosamente al lado de una misericordia no menos asombrosa! Para que ninguno pueda excusarse por ignorancia, hace que tantas veces se hable á los hombres de las penas del infierno y de las delicias de la patria.

Con su acostumbrada amabilidad preguntó después Jesús á sus apóstoles, y les dijo: ¿Habeis entendido bien todas estas cosas? Dijéronle que sí. No podia ignorar Jesús lo que habian de responderle; mas sin embargo les preguntó para despertar en ellos mas y mas el deseo de saber y para hallar pié en su respuesta para continuar su importante instruccion. No queria Jesús que sus apóstoles oyesen la doctrina de la misma manera que la oian las turbas, sino que queria que la entendiesen. Con esto enseñó á todos los ministros de su Evangelio, y muy particularmente á los prelados y predicadores, lo que deben saber y obrar, para que puedan presidir, enseñar y predicar á otros; por lo que les añadió: Por eso todo maestro docto en el reino de los cielos es semejante á un padre de familias que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

De notar es que Jesucristo en su Evangelio usa la palabra *Escritura*, que la glosa traduce *Maestro* y san Agustin [1] *Escribano*, porque los apóstoles, añade, son escribanos y notarios de Jesucristo, que escriben su santa palabra en las tablas del corazon de los fieles, enseñándoles lo que deben hacer para agradar á Dios y conseguir su salvacion, cuyo oficio y deseo les hace en todo semejantes al padre de familias. Como si dijese: El que es tal, á mí mismo me parece

[1] Div. August. in quest. in Math.

en la vida y en la predicacion, enseñando con autoridad del viejo y nuevo Testamento, de las que está verdaderamente entregada toda la red de mi Iglesia. O como da á entender san Gregorio [1]: Por nuevas cosas se declaran todas aquellas que publican y enseñan la suavidad y grandeza del reino de los cielos; y por vieja se entiende la enseñanza que predica el espantoso tormento del infierno, á fin de que las graves penas espanten á los que no se animan por la esperanza de los premios con que se les convida. O por nuevas cosas pueden entenderse las dices amonestaciones con que los ministros del Señor alegran el corazón de los justos para que caminen por el sendero de la virtud, así como por las viejas tambien se pueden comprender la indignacion y el celo con que se reprende á los pecadores para apartarlos del camino traido de los vicios; por cuya razon debe el ministro del Evangelio que la palabra de Dios anuncia, acomodarse en todo á la capacidad y necesidades de sus oyentes, para lo cual debe tener recogidos un gran tesoro, sacado cuidadosamente del antiguo y nuevo Testamento; debe estar armado de la caridad y del celo santo de la salvacion de sus prójimos, instruyendo y manteniendo en sus pechos el deseo de su salvacion, así como el verdadero padre de familias está obligado á procurar á sus hijos y domésticos, no solo el sustento corporal, sino tambien el espiritual, para que en la consumacion de los siglos consiga su salvacion eterna.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, hazme salir de la vida vieja, para que la semilla de tu santa palabra que sembraste en mi entendimiento, y la del buen propósito que hiciste nacer en mi voluntad, y las flores de las virtudes que con tu gracia se ostentaron en mis hechos, no sean comidas de la vanagloria, ni pisoteadas en la carrera del menosprecio, ni se sequen metidas entre las piedras duras de la obstinacion, ni se ahoguen entre las espinas de los cuidados de esta vida; mas antes fructifiquen y prosperen en la tierra buena y

[1] Div. Gregor. in Hom. 34 in Math.

muy perfecta del corazón misericordioso, humilde y alegre: haz, ¡oh dulce Jesús! que me desposea de todos los afectos y amores de la tierra para adquirir el único y verdadero tesoro, que es amarte á ti sobre todo lo que hay dentro y fuera de mí. Ya que por tu bondad he sido admitido en el reino de tu Iglesia santa que tú fundaste, y que con tu Padre Omnipotente y el espíritu de tu amor presides, riges y gobiernas, no sea yo del número de los malos cristianos, ni de los hijos desterrados e ingratos á su vocacion, que viven como si no lo fueran, sino que viva yo de tal manera, que en el día del juicio universal cuando se haga la separacion de los buenos y de los malos, merezca ser colocado á tu diestra, para recibir tus misericordias y tus gracias. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XIII de san Mateo, desde el versículo 31 hasta el 52 ambos inclusive; en el IV de san Marcos, versículos 31 y 32; y en el XIII de san Lucas, versículos 17, 20 y 21, tambien inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Mateo, desde el versículo 31 al 35 para el Evangelio de la misa de la Dominica sexta después de la Epifanía, y desde el versículo 44 hasta el 52 para el Evangelio de la misa de santa Paula viuda, á 24 de enero, de santa Inés *secundo*, á 28 del mismo, y en otras varias festividades, y muy particularmente en el comun de santas vírgenes y mártires; de vírgenes tan solamente, y de no vírgenes ni mártires, como se ve en las misas *Me expectaverum*, etc. *Vultum tuum*, etc. *Cognovi Domine*, etc. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA VI DESPUES DE LA EPIFANIA.

San Mateo, cop. XIII, vs. 31 al 35.

En aquel tiempo dijo Jesús al pueblo esta parábola: Semejante es el reino de los cielos al grano de la mostaza, que le toma un hombre y le siembra en su campo, el cual es la mas menuda de todas las semillas; mas después de crecido es mayor que todas las otras

legumbres, y hácese árbol tan grande, que vienen á él las aves y anidan en sus ramas. Otra parábola les dijo: Semejante es el reino de los cielos á la levadura que toma la mujer y la envuelve con tres sats ó celemines de harina, hasta que toda la masa haya fermentado. Todo esto hablo Jesús al pueblo en parábolas, sin las cuales no solía predicarles, para que se cumpliese lo que estaba dicho por el Profeta: Abrió la boca para hablar con parábolas; publicaré cosas que han estado escondidas desde el principio del mundo.

EVANGELIO DE LA MISA DE SANTA PAULA Y DEMAS QUE
SE HAN CITADO.

San Mateo, cap. XIII, vs. 44 al 52.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Semejante es el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, el cual hallado por un hombre le encubre de nuevo, y gozoso por el hallazgo va y vende todo cuanto tiene y compra aquel campo. También es semejante el reino de los fieles á un comerciante que busca piedras preciosas, el cual, hallada una piedra preciosa, fué y vendió todo cuanto tenía y la compró. También es semejante el reino de los cielos á la red que echada en el mar coge toda suerte de peces, la cual en estando llena la sacaron á la orilla, y sentados escogieron los buenos y los metieron en cestos y los malos los echaron fuera. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles y apartarán á los malos de entre los justos, y los arrojarán en el horno del fuego, en donde habrá llanto y rechinar de dientes. ¿Habeis entendido todas estas cosas? Dícenle, sí. Entonces les dijo: Por esto todo maestro docto en el reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

CAPITULO XXV.

REPRENDE JESUS A LOS FARISEOS Y DOCTORES DE LA LEY, Y
ACRIMINA TERRIBLE SUS PENSAMIENTOS Y SU CONDUCTA.

Astuta siempre y avizora la malicia de los judíos, se lisongeaba, aunque entre muy amargos desengaños, que á pesar del carácter de divinidad y de la altísima sabiduría que resplandecía en todas las obras de Jesús, habia de encontrar un día ocasion para acusarle jurídicamente ante los tribunales de la nación y perderle; mas viendo que salian fallidas todas sus esperanzas, burlados todos sus esfuerzos y que eran inútiles todas sus tentativas, maquinaron pérfidamente insurreccionar el pueblo contra él para hacerle perecer sin formalidad de justicia en medio de un tumulto popular, y vengarse de este modo de la superioridad de su virtud, de la extension de su poder y de todas las acres inectivas con que á la vista del pueblo mismo los reprendia. Grande era la empresa, pero no desconfiaban de salir con ella, y para ello no habia medio que les pareciese injusto, ni accion, por villana que fuese, que no se les figurase muy caballerosa y leal.

Como nunca dejaba el Señor de predicar, valiéronse un día después del sermón del pretexto de convidarle á comer en casa de uno de ellos que celebraba un festín. Convidáronle, no para que con la